

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 11, Hebreos 12: 4-29: Ciudadanos en formación

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

En la búsqueda de un esquema y de dividir un texto antiguo en bloques de material más o menos manejables, tendemos a desmembrar lo que un autor antiguo ha tratado de unir. Por eso, es cierto que comenzar una nueva sección en Hebreos 12.4 es artificial; el resultado de mi propio deseo de enfatizar que la típica división que hacen los predicadores y los eruditos entre 11.40 y 12.1 es aún más problemática. Hebreos 12.4 continúa con bastante naturalidad la imágen atlética que el autor comenzó a enmarcar en los versículos 1 al 3 del capítulo 12 y pasa rápidamente a 12.5 al 11, donde se aborda el tema no inconexo del entrenamiento o *paideia*, la educación, un componente importante de la cual incluía el entrenamiento atlético en el mundo antiguo.

Esta perspectiva de *paideia*, educación o entrenamiento formativo, es un segundo marco que el autor ofrece a sus destinatarios para ver su experiencia de la hostilidad de su prójimo. Esto lleva al autor a dar algunas instrucciones específicas sobre cómo seguir adelante y también algunas instrucciones sobre trampas amenazantes que hay que evitar en 12:12 a 17, todas presentadas como una consecuencia lógica de ver su situación a través de las lentes de la competencia y la disciplina formativa. Como justificación de apoyo para adoptar estos cursos de acción, el autor presenta en los versículos 18 a 24 una especie de contraste sumativo entre la forma en que se había abordado a Dios anteriormente, es decir, en medio de tabúes severos y con mucho temor y trepidación, con el enfoque celebratorio y confiado hacia la ciudad eterna de Dios con el que él ha privilegiado a los destinatarios.

En 12:25, el autor lanza una última advertencia, que va de menor a mayor, instándolos a no alejarse de aquel que les habla desde el cielo. A esto, a su vez, le sigue una declaración contundente de la expectativa escatológica del autor en los versículos 26 a 29: la eliminación del reino visible y movable, los cielos y la tierra que son parte de esta creación material, y la recepción del creyente en el reino permanente e inquebrantable. Todo esto está respaldado por una interpretación bastante particular de Hageo, capítulo 2, versículo 6. A la luz del bien prometido venidero, la recepción de este reino inquebrantable, la única respuesta apropiada es, según el autor, mostrar gratitud, como exhorta en el versículo 28.

Esta respuesta de gratitud es la que desarrollará en términos prácticos y explícitos a lo largo del capítulo 13, versículos 1 al 21. Si los destinatarios mantienen una respuesta de gratitud, están mostrando la debida reverencia hacia Dios. El autor les recuerda, en el versículo 29, que esta es, en efecto, la única manera sabia de proceder, ya que nuestro Dios es fuego consumidor.

Y así, con el cierre del capítulo 12, el autor vuelve a ese indicio de amenaza que ha estado presente a lo largo del sermón, instando a los destinatarios a tener miedo de no estar a la altura de la demostración de gratitud, la respuesta de lealtad y obediencia que se debe a este poderoso patrón divino. En el capítulo 12, versículos 4 al 11, el autor anima a los oyentes a aceptar los desafíos de su situación como disciplina formativa de Dios. Ya tuvimos la oportunidad, en un segmento introductorio, de examinar este pasaje en relación con nuestra exploración del propio nivel de educación del autor, ya que este pasaje exhibe un patrón bien conocido de argumentación, que se aprende típicamente en el nivel de la escuela secundaria, por así decirlo, de instrucción retórica.

En este segmento, nos centraremos más en la contribución del pasaje a los objetivos pastorales del autor, en particular en su forma de moldear la percepción que los oyentes tienen de sus experiencias. En 12:4, introduce esta imagen de disciplina formativa al continuar con la imagen atlética con la que había abierto este segmento de exhortación en 12:1 al 3. Compitiendo en su combate contra el pecado, todavía no han luchado hasta el punto de derramar sangre. El autor pasa a otro evento en este triatlón de fe, desde la carrera a pie de los versículos 1 al 3 hasta alguna forma de combate uno contra uno.

Probablemente, se refería al boxeo o a la competición de combate sin cuartel conocida como *pancratium*, en lugar de a la lucha libre, que no solía derramar sangre. Esto es más que una simple indicación de hasta qué punto los destinatarios han sufrido, o más concretamente no han sufrido, por sus convicciones cristianas hasta este punto. Es un intento de avergonzar a los oyentes cuyo sufrimiento por su lealtad a Cristo aún no se ha acercado en nada al sufrimiento de Cristo por ellos.

¿Cómo es posible que alguno de ellos esté ya a punto de desmayarse o darse por vencido? Recordar a los oyentes que su combate de boxeo es contra el pecado también es una estrategia retórica. Las presiones que ejerce su vecino sobre ellos no son benignas ni bien intencionadas. Son la manifestación del poder del pecado, que intenta dominarlos o someterlos a golpes.

Hacer las paces con los no creyentes en sus propios términos de retirarse del grupo cristiano se convierte en una deshonrosa rendición en esta lucha contra el pecado. El autor ha utilizado una herramienta retórica común, la imagería atlética, para facilitar la perseverancia en un curso de acción impopular. Ahora pasa a una segunda herramienta de ese tipo.

Así, leemos en los versículos 5 al 11 que también ustedes han olvidado la exhortación que como hijos se les dirige: Hijo mío, no menosprecies la disciplina del Señor ni desmayes cuando eres reprendido por él. Porque el Señor disciplina al que ama, y azota a todo el que recibe por hijo.

Por tanto, soportad la disciplina educativa. Dios se comporta con vosotros como con sus hijos. ¿Qué hijo o hija hay a quien el padre no disciplina? Pero si estáis sin disciplina, de la que todos han llegado a ser partícipes, entonces sois hijos ilegítimos, no legítimos.

Si tuvimos a nuestros padres biológicos como disciplinadores y les prestamos atención, ¿por qué no nos someteremos con mayor razón al Padre de los espíritus y viviremos? Porque aquellos nos disciplinaban por un corto tiempo como a ellos les parecía, pero éste nos disciplina para nuestro beneficio, a fin de que participemos de su santidad. Y toda disciplina al presente parece no ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que en ella han sido ejercitados.

Las dificultades que la congregación ha soportado y sigue soportando como precio de la perseverancia se interpretan aquí como la disciplina formativa paternal de Dios. El pasaje está dominado de principio a fin por la palabra griega *paideia* y formas relacionadas, que aparecen no menos de siete veces, lo que refuerza esta perspectiva interpretativa. La experiencia del rechazo por parte del mundo se transforma así estratégicamente en un signo de la adopción misma del creyente en la familia de Dios.

Dios los trata como hijos e hijas, y sus luchas son el medio por el cual Dios moldea sus caracteres y los dota de las virtudes apropiadas para futuros ciudadanos de la ciudad de Dios, el reino que están a punto de recibir. Las experiencias de humillación y marginación se convierten, en efecto, en pruebas de su condición de honrados y favorecidos a los ojos de Dios. El autor comienza este segmento de exhortación recitando Proverbios 3, versículos 11 y 12, citando específicamente este texto como el que establece la relación padre-hijo y padre-hija entre Dios y los destinatarios.

Hay un ligero cambio entre la versión hebrea de Proverbios 3 y la traducción de la Septuaginta, la traducción griega del mismo texto. En el texto hebreo, el elemento de analogía es mucho más claro. Así como un padre castiga al hijo en quien se deleita, la Septuaginta ha oscurecido la cualidad de analogía, traduciendo el versículo de esta manera: castiga a todo hijo que recibe.

De este modo, el versículo se convierte en un testimonio de la adopción real por parte de Dios, en lugar de una analogía útil para describir el castigo divino. Esta modificación del hebreo al griego hace que el texto sea aún más útil para los propósitos del autor. Si bien el propio Proverbios había articulado un modelo punitivo de disciplina, el autor de Hebreos, como la mayoría de los autores grecorromanos y judíos que se habían mudado de Palestina, tendía a favorecer una comprensión de la disciplina o el entrenamiento de Dios como formativos o educativos, en lugar de punitivos.

En los versículos que siguen a la recitación de Proverbios 3, 11 y 12, el autor hablará repetidamente de *paideia*, disciplina formativa, pero nunca reintroducirá los aspectos del texto de Proverbios que conducen a una dirección punitiva, como ser reprendido o el verbo *mastigoi*, castiga, que en realidad se basa en la misma raíz que nos da la palabra *azotar*. Un sorprendente texto comparativo para la exhortación del autor en estos versículos aparece en el breve tratado de Séneca sobre la Providencia, *De Providentia*, donde Séneca, el filósofo latino de la primera mitad del siglo I, también habla de la resistencia a las dificultades como disciplina paternal divina. En este tratado, Séneca escribe que el sabio es el alumno de Dios, su imitador y su verdadero vástago, a quien ese magnífico padre, nada apacible ejecutor de virtudes, educa con bastante severidad, tal como lo hacen los padres estrictos.

Dios cría al sabio como a un hijo. Dios prueba, perdona y prepara al sabio para su propio beneficio. Lo más impresionante es la declaración de Séneca: a quienes Dios aprueba y ama, Dios los endurece, examina y ejercita.

Séneca llega al extremo de comparar la educación paternal de Dios con la forma en que los padres espartanos azotaban a sus hijos en público como demostración de que el niño había alcanzado las apreciadas virtudes de la resistencia y el coraje. Es digno de destacar que estos azotes espartanos no eran punitivos sino probatorios. Eran una demostración de la fortaleza y la educación de los niños, no un castigo en modo alguno.

Tanto en Séneca como en Hebreos, no se percibe en absoluto que estas dificultades recaigan sobre los que sufren porque han hecho algo malo. Más bien, el énfasis está en los frutos positivos que la valiente resistencia a tales pruebas producirá en el alumno. Hago hincapié en esto porque es importante que entendamos que el autor no está diciendo a los oyentes que están sufriendo porque Dios los está castigando, sino más bien porque Dios los está formando y entrenando.

Sobre la base de su recitación de Proverbios 3, el autor continúa exhortando a los oyentes una vez más a perseverar con el propósito de una disciplina formativa. Dios se está comportando con ustedes como con hijos e hijas. El énfasis de la exhortación sigue estando en la perseverancia, que el autor ya ha instado a los destinatarios en repetidas ocasiones, por ejemplo, en el capítulo 10, versículos 32 y 35, y tan recientemente como en los versículos 1 al 3 del capítulo 12.

El autor desarrolla aquí su exhortación argumentativamente con una analogía general con la experiencia de todos los niños criados por padres humanos. ¿Qué niño hay a quien un padre no eduque? A continuación, presenta un interesante argumento contrario: si no tenéis esa educación que todos los niños comparten, sois hijos ilegítimos y no hijos genuinos.

El autor está dando un golpe de efecto retórico. Hace de la experiencia de oprobio y pérdida sufrida por causa de Cristo una señal de favor y honor, y, lo que es aún más asombroso, de la falta de tales dificultades una señal de desaprobación y deshonor, una señal de que Dios no está muy interesado en moldearlos y moldear su carácter de la misma manera que moldeó el carácter del hijo por excelencia, Jesús, quien aprendió la obediencia a través de lo que sufrió, como escuchamos antes en el sermón. El oyente sin duda recordará la propia experiencia de Jesús de participar en esta disciplina, en la que el autor se explayó en el capítulo 5, versículos 7 al 10.

Los oyentes están llamados a participar de esta experiencia para que también puedan tener los beneficios de participar del honor y la virtud del hijo. En la medida en que son participantes de la disciplina, también son participantes con Cristo en el estado final de gloria. Puede que no sea accidental que el autor repita aquí en 12.8 la palabra *metachoi* que había usado previamente en el capítulo 3, versículo 14, tal vez para conectar este sentido de que compartir con Cristo la experiencia de ser disciplinado conduce a compartir con Cristo en el estado final de gloria.

El autor sigue este argumento de lo contrario con un argumento de menor a mayor para apoyar aún más su exhortación. Tuvimos a nuestros padres biológicos como entrenadores y nos sometimos con reverencia. ¿No deberíamos someternos aún más al padre de los espíritus y vivir? En esta distinción entre los padres terrenales y el padre de los espíritus hay una especie de lógica incrustada que supone la superioridad de los espíritus sobre la carne.

Dios, como padre, es uno en un sentido mayor y más fundamental: el padre de nuestra vida, de nuestra propia alma, en lugar de ser simplemente el padre que engendró nuestra existencia biológica. Y, por lo tanto, Dios es correspondientemente más digno de nuestra reverente sumisión a su enseñanza, en lugar de resistirnos a ella y tratar de escapar de ella. El resultado de esa sumisión es que viviremos.

Y los oyentes probablemente oirán aquí la palabra vida en el mismo sentido en que se presentó un poco antes en el capítulo 10, versículos 37 al 39. El autor no se refiere meramente a la existencia física como resultado de someterse a la disciplina formativa de Dios, sino a la vida como supervivencia escatológica. En 10:37 al 39, la persona justa vive por fe en el sentido de que sólo aquellos que son de fe serán librados del cataclismo escatológico y vivirán con Dios en el reino inquebrantable.

A continuación, el autor vuelve a contrastar a los padres terrenales con los padres divinos. Los padres terrenales de los oyentes disciplinaban a los oyentes como mejor les parecía por un corto tiempo, pero la disciplina de Dios es absolutamente para nuestro beneficio.

No hay duda alguna sobre el valor de esta disciplina, a diferencia de la disciplina de los padres terrenales, que a veces es acertada y a veces no. El resultado final de la

formación de Dios es una participación en la santidad de Dios, que es, en esencia, el cumplimiento del mandato de Dios que se encuentra en el corazón del código de la ley levítica de ser santos como yo soy santo. El autor concluye este segmento de exhortación añadiendo una paráfrasis expansiva de la conocida máxima: la raíz de la educación es amarga, pero su fruto es dulce.

En esa máxima encontramos las palabras clave *paideia*, que significa educación, y *karpos*, que significa fruto, que también aparecen de manera bastante destacada en Hebreos 12, versículo 11, señalando a los destinatarios aún más claramente la máxima sobre la que está hablando. Toda disciplina educativa, *paideia*, parece ser, en el momento presente, no algo alegre sino penoso, pero más tarde produce el fruto apacible, *karpos*, de justicia para quienes han sido entrenados por ella. Dada la aceptación generalizada de la verdad de la máxima subyacente en el mundo antiguo, es más probable que los oyentes acepten la aplicación de esta máxima como un marco interpretativo para sus experiencias y, por lo tanto, acepten el llamado del autor a la perseverancia en medio de esas experiencias.

La metáfora atlética vuelve a aparecer sutilmente aquí con la palabra entrenamiento, *gegumnasmenois*, que es un eco verbal del *gymnasion*, el gimnasio, donde los futuros ciudadanos de la ciudad-estado griega eran educados y entrenados para el desarrollo de la destreza y la fuerza físicas. El objetivo de estos ejercicios que los oyentes están soportando por el bien de su compromiso cristiano es, según el autor, la formación de la virtud de la rectitud o justicia, *dikaiousune*, en su alma y en su vida. Esta es una de las cuatro virtudes cardinales celebradas en la filosofía ética grecorromana y también, por supuesto, una virtud central promovida en la tradición bíblica del Antiguo Testamento.

A través de estos ejercicios de entrenamiento, la facultad moral de los creyentes se forma y se fortalece para que el creyente aprenda a elegir siempre honrar a Dios y honrar sus obligaciones para con los demás creyentes, actuando así con justicia y rectitud. El resultado de su perseverancia será la formación de este preciado valor, esta preciosa virtud, en sus corazones y vidas, preparándolos para vivir como ciudadanos honorables de la ciudad que Dios ha preparado para ellos. La exhortación que se dirige a ellos como hijos e hijas llama a los oyentes a volverse valientemente hacia estos ejercicios de entrenamiento y a seguir el camino que amplía y fortalece su compromiso con la rectitud en lugar de rehuir tal entrenamiento o considerarlo como algo que debe evitarse en lugar de aceptarse, una mentalidad que es evidente entre aquellos que han comenzado a alejarse de la reunión de los cristianos.

El autor sostiene que, por el contrario, la hostilidad del prójimo en realidad sirve a los fines de Dios mientras los creyentes se nieguen a ceder a esa presión para que abandonen su noble búsqueda. El camino conveniente, el que preserva y aumenta su honor, no es, por tanto, evitar estos ejercicios formativos, sino abrazarlos. La conexión entre la disciplina educativa y el entrenamiento forma un puente de

regreso al lenguaje atlético que caracteriza la reanudación de la exhortación directa en Hebreos 12, 12 y siguientes.

Por tanto, enderezad las manos caídas y las rodillas paralizadas, y haced sendas derechas para vuestros pies, para que lo cojo se sane en lugar de descoyuntarse. El autor aquí hace abundante uso del lenguaje de las Escrituras al reanudar la exhortación directa. Recuerda el lenguaje de Isaías 35, 3: Fortaleced las manos caídas y las rodillas paralizadas.

Isaías, en su contexto, estaba animando a los oyentes sobre la base de un oráculo de liberación divina acerca del florecimiento del desierto y el camino que se debía preparar a través de él para que Dios pudiera conducir de regreso a los redimidos del Señor a Sión en medio de cantos de celebración. Así como Isaías animó a sus oyentes a fortalecer su resolución y aumentar sus esperanzas en vista de la liberación venidera de Dios, así también el autor de Hebreos está guiando al nuevo pueblo de Dios a hacer lo mismo a la luz de la liberación escatológica para la cual Dios está actualmente entrenando a los oyentes. Ellos deben continuar en su carrera hacia la ciudad celestial donde los espera una reunión festiva, y el autor continuará mostrando en breve.

Ellos deben seguir adelante con la guardia en alto, las manos levantadas en la postura de buenos boxeadores en su combate contra el pecado y su movimiento hacia adelante sin vacilar. También trae el lenguaje de Proverbios 4, versículo 26, donde leemos, haz sendas derechas para tus pies y fortalece, endereza tus caminos. El contexto de Proverbios habla de elegir caminos que sean justos en lugar de malvados, una conexión que podría haber llevado al autor, que se ha preocupado por promover lo que percibe como el curso de acción justo en respuesta al patrón divino en lugar de uno injusto, a incorporar este texto en su exhortación.

Para el autor de Hebreos, andar con justicia es casi el equivalente espiritual de la terapia física que cura una articulación dañada mediante ejercicios cuidadosamente guiados y prescritos. ¿Qué constituye el camino correcto? El autor continúa aquí sugiriendo que se busque la paz con todos y la santificación, sin la cual nadie verá al Señor. Estén atentos a que nadie deje de alcanzar los dones de Dios, que ninguna raíz de amargura brote y cause problemas y muchos sean contaminados por ella, que nadie sea inmoral o profano como Esaú.

Al comienzo de estos versículos, el autor recuerda el Salmo 33, versículo 14: “Buscad la paz y seguidla”. Las relaciones pacíficas dentro de la comunidad cristiana son, por supuesto, de vital importancia, pero el autor también está fomentando una disposición pacífica hacia los extraños, aunque esos extraños tengan una disposición muy diferente hacia los cristianos mismos. 1 Pedro presta mucha más atención a esta dinámica en un entorno hostil, no devolviendo insulto por insulto o maltrato por

maltrato, sino más bien viviendo agradablemente en la medida de lo posible sin violar lo que se le debe a Dios, sin comprometer lo esencial en aras de vivir en paz.

Junto con la búsqueda de la paz, el predicador eleva la importancia de la búsqueda de la santificación, de vivir plenamente en ese estado de santidad que Cristo abrió para ellos cuando los santificó, apartándolos para su destino divino. También se podría notar aquí que la santidad fue el resultado de la disciplina divina apenas unos pocos versículos antes, en el capítulo 12, versículo 10. Por lo tanto, la búsqueda de la santificación o santidad es, en parte, una reafirmación de la exhortación a soportar la disciplina divina y seguir adelante en este proceso.

En la mente del autor, el creyente ve a Dios cuando entra en la presencia de Dios en el último día. Si continúa en este camino de búsqueda de la paz y la santificación, de soportar la disciplina formativa de Dios con las manos en alto y las rodillas fortalecidas, llegará de verdad al punto de ver a Dios al fin. Al continuar el autor, velando por que ninguno de ustedes se quede corto del don de Dios, enfatiza una vez más la responsabilidad comunitaria que todos los creyentes comparten por la perseverancia de cada creyente individual hacia la meta.

Cada miembro de la comunidad tiene la responsabilidad de asegurarse de que sus hermanos o hermanas no sean engañados o persuadidos a detenerse antes de entrar en el descanso prometido por Dios, la patria celestial, tal como la generación del Éxodo no había alcanzado el don de Dios. El autor también los insta a asegurarse de que no brote en su medio ninguna raíz de amargura por la cual muchos puedan contaminarse. Esta exhortación recontextualiza Deuteronomio 29, versículo 17, particularmente en la traducción de la Septuaginta, donde Moisés advierte al pueblo de en medio que se niegue a cumplir el pacto y se aferre a sus ídolos.

Una persona así sería, en efecto, una raíz de amargura que brotaría para causar problemas. El predicador aplica esto a la apostasía de unos pocos, los que se están alejando. Profanar a la mayoría es una forma figurativa de expresar la desilusión y el debilitamiento de la determinación que sentirán quienes presenciaron cómo sus antiguos hermanos y hermanas se dieron por vencidos en su búsqueda de esta carrera.

El autor pasa luego a una exhortación un poco más amplia basada en el ejemplo de Esaú, y por medio de este ejemplo, el autor espera poner el último clavo en el ataúd de la contemplación de la apostasía, ya sea apostasía formal o apostasía meramente práctica, a medida que uno regresa a los brazos de la sociedad. Los oyentes deben seguir teniendo cuidado, no sea que alguien sea un fornicario o profano como lo fue Esaú, quien, por una sola comida, vendió su derecho como primogénito. Porque, como sabéis, más tarde, deseando heredar la bendición, le fue rechazada, porque no encontró un lugar para el arrepentimiento, aunque lo buscó con lágrimas.

Esta síntesis de la historia de Esaú recuerda con mucha fuerza la advertencia de Hebreos 6, 4 a 8, con su afirmación de que no hay segundas oportunidades para volver a la puerta de partida del arrepentimiento, por así decirlo. A Esaú no se lo conoce en Génesis, particularmente como fornicador, pero las tradiciones del período del Segundo Templo sí desarrollan una imagen de Esaú como inmoral sexualmente, en particular basándose en su matrimonio con mujeres hititas, que encontramos en Génesis 26, versículo 32. El autor puede estar usando aquí la fornicación como una metáfora de la falta de fe.

El uso metafórico del término en Números 14, versículo 33, la historia del fracaso de la generación del desierto en el umbral de Canaán, que figura de manera tan prominente ya en el sermón a los hebreos, apoyaría tal interpretación. Allí, Dios decretó que el pueblo soportaría su fornicación hasta que sus cuerpos se agotaran en el desierto. La impiedad o mentalidad mundana de Esaú se muestra cuando demuestra que valora demasiado a la ligera las promesas y beneficios de Dios, representados aquí por su primogenitura como hijo de Isaac, el hijo de Abraham, eligiendo el alivio temporal de la penuria inmediata del hambre por encima de las posesiones mejores y duraderas que habrían llegado a su camino.

El ejemplo de Esaú sirve de contrapunto al ejemplo pasado de la propia comunidad, a los ejemplos de Moisés, de los mártires o de Jesús, todos los cuales siguieron soportando penurias temporales, algunas extremas, en aras del bien mayor prometido por Dios. El autor introduce así una analogía estratégica por medio del ejemplo de Esaú. Los bienes de la sociedad son a las recompensas de Dios, como un plato de guiso de lentejas es a un derecho de nacimiento.

La pobre evaluación que hizo Esaú del valor relativo y la ventaja de una comida en relación con su primogenitura ha manchado su memoria a través de los milenios, dejándole el ridículo antiejempro de evaluar las opciones con sabiduría y virtud. De este modo, se invita a los destinatarios a pensar con claridad sobre sus propias opciones para evitar exhibir la misma necedad al vender su primogenitura eterna a cambio de unas décadas de paz y seguridad entre sus vecinos no creyentes. Al elaborar su presentación del ejemplo de Esaú, el autor de Hebreos ha mezclado algunos elementos para hacer que su presentación sea más eficaz para las necesidades pastorales que enfrentan sus oyentes.

En el episodio de Génesis 25, versículos 29 a 34, Esaú era consciente de que había cedido su primogenitura, su derecho a la mayor parte como hijo mayor. Sin embargo, en el episodio posterior de Génesis 27, versículos 30 a 36, Esaú no muestra ninguna señal de que ceder su primogenitura como primogénito también incluyera entregar la bendición que debería haberle correspondido cuando su padre Isaac estaba a punto de morir. De hecho, Jacob tuvo que hacer lo imposible para engañar a Isaac para que le diera también la bendición que corresponde al primogénito, y Esaú no

muestra ninguna conciencia de que no debía recibir la bendición como consecuencia de su trato anterior con su hermano tantos años antes.

Sin embargo, el autor de Hebreos confunde primogenitura y bendición para hacer de Esaú un ejemplo más claro de la imposibilidad de recuperar lo que uno había devaluado y desechado previamente. Así, el hecho de haber cedido sus derechos como primogénito muchos años antes tuvo consecuencias para el resto de la vida de Esaú. No había una segunda oportunidad, por así decirlo, para recuperar lo que había perdido al estar junto al lecho de muerte de Isaac.

Quienes lean el relato del Génesis encontrarán sin duda bastante lamentable la escena de Esaú ante su padre Isaac, mientras le suplicaba con lágrimas: Padre, ¿no me queda más bendición? Esto crea en los oyentes de Hebreos una vívida impresión de que la suerte está echada, aunque ahora por un motivo muy diferente. Ésta es precisamente la imagen que el autor desea conectar con las consecuencias de negociar la paz con Dios a cambio de la paz con la sociedad.

Al igual que Esaú, quienes desechan los dones y las promesas de Dios no encontrarán lugar para el arrepentimiento. El arrepentimiento en sí mismo es un don de Dios que se puede conceder o negar. Esta es una doctrina que no sería exclusiva del autor de Hebreos.

Encontramos algo similar en la Sabiduría de Salomón, donde el arrepentimiento en sí mismo es un don de Dios a las personas, y éstas no pueden alcanzar el arrepentimiento a menos que Dios se lo conceda. De esta manera, el autor refuerza una vez más que es realmente peligroso presumir del favor de Dios valorándolo demasiado a la ligera. El ejemplo de Esaú refuerza así fuertemente las advertencias, particularmente en 648 y 1026 y en los siguientes.

Aquellos que han recibido los beneficios repetidos de Dios y luego los desechan no pueden esperar ningún retorno, ninguna segunda oportunidad para comenzar de nuevo por ese camino, tal como Esaú descubrió que no había posibilidad al final de deshacer el daño que había hecho en su relación con Dios. El autor continúa sus exhortaciones a perseverar con una descripción de la diferencia entre la forma en que se sabía que las personas se acercaban a Dios bajo el antiguo pacto y la forma mucho más celebratoria, atractiva y acogedora en que se invita a las personas a acercarse a Dios ahora que se ha inaugurado el nuevo pacto, porque no se han acercado a algo palpable y ardiente, a fuego y oscuridad y tinieblas y un torbellino y al sonido de una trompeta y al sonido de palabras.

Los que oyeron aquel sonido rogaron que no se prolongara el discurso, pues no podían soportar la orden. Si un animal tocara la montaña, sería ejecutado a pedradas. En verdad, tan aterrador era el fantasma que Moisés dijo: Tengo miedo y tiemblo.

Pero vosotros os habéis acercado al monte Sión, a la ciudad de Dios vivo, Jerusalén la celestial, a la multitud de millares de ángeles que cantan himnos de fiesta, a la asamblea de los primogénitos inscritos en los cielos, a Dios, el Juez de todos, a los espíritus de los justos consumados, a Jesús, el mediador de un nuevo pacto, y a la sangre rociada que habla algo mejor que la de Abel. La palabra griega para gar indica que el autor presenta este par de imágenes contrastantes como una justificación para aceptar y prestar atención a las exhortaciones del autor. Las ventajas de las que disfrutaban prácticamente exigen que sigan avanzando hacia esta recepción sin precedentes, acogedora y hermosa, que Dios ha preparado para ellos.

Los contrastes entre las dos formas de acercarse a Dios no podrían ser más pronunciados. La primera se desarrollaba en el reino material, y la segunda en el reino invisible y permanente. La primera estaba marcada por el miedo y rodeada de tabúes de pureza que conllevaban severas penalidades.

El segundo pasaje se caracteriza por la adoración celebratoria a Dios. El autor reúne una gran cantidad de imágenes en un breve compás para producir un efecto acumulativo en los oyentes, que va más allá del significado individual de cada componente individual o del análisis minucioso de tales detalles. La primera mitad de este pasaje se basa ampliamente en relatos de la experiencia del encuentro con Dios en el Sinaí, especialmente en Éxodo 19 :12-19 y Deuteronomio 4:11-12.

El verbo acercarse aquí, en os habéis acercado, es otra forma del mismo verbo que ha sido prominente a lo largo del sermón, ya que el autor ha instado a los oyentes a seguir acercándose. Su recurrencia aquí proporciona una especie de resumen de esas invitaciones a lo largo del sermón. El autor niega el acercamiento temeroso rodeado de tabúes, que prohibía explícitamente a los seres humanos y a los animales incluso tocar la montaña donde Dios estaba descendiendo.

La oscuridad amenazante, los sonidos aterradores, las voces, nada de esto forma parte de la nueva forma de acercarse a Dios que Jesús le ha abierto al oyente. La confesión de temor de Moisés aparece aquí en realidad sólo más adelante, en el capítulo 9 de Deuteronomio, y el autor admite que la saca un poco de contexto. Originalmente se refería a la inquietud de Moisés ante la ira de Dios después del incidente del becerro de oro, que se produjo bastante después de la teofanía, la aparición divina en la entrega de la ley en el monte Sinaí.

Ahora, este pasaje constituye la piedra angular de la presentación que hace el autor del acceso temeroso y restringido a Dios que Jesús ha abierto a los cristianos. En contraste con esta imagen aterradora creada por los versículos 18 a 21, el autor presenta su visión de la meta al final de la peregrinación cristiana, que ahora parece aún más radiante. No es el monte Sinaí con su terraza, sino el monte Sión, con su alegría celebrante, lo que les espera al final de su viaje.

El autor describe esta escena como una escena de adoración con una reunión festiva de los ángeles en una liturgia celestial. No son fenómenos meteorológicos temibles y deprimentes los que rodean esta montaña, sino las huestes angélicas reunidas en un panegírico, un canto festivo en alabanza al soberano del reino inquebrantable. Aquí también está la asamblea de los múltiples primogénitos.

A diferencia de Esaú, que desechó la herencia de los primogénitos, estos hombres de fe han resistido y han llegado a recibir su herencia eterna, compartiendo la herencia de Jesús, el primogénito por excelencia. El hecho de que sus nombres estén inscritos en el cielo sugiere la práctica común de inscribir los nombres de los ciudadanos en el censo de una ciudad. Éstos son inscritos como ciudadanos en la ciudad del Dios vivo y disfrutan de la plena participación en los derechos de ciudadanía para los que sus experiencias de disciplina formativa en este mundo los han preparado.

Lo que el pueblo de fe ahora muerto había buscado, por ejemplo, como nos dijo el autor en Hebreos 11:13 al 16 acerca de Abraham y los patriarcas que buscaban una ciudad con fundamentos, una ciudad fundada por Dios mismo, y para la cual los oyentes ahora están siendo entrenados, se presenta ante ellos en esta imagen atrayente de la ciudad de Dios, la nueva Jerusalén. Dios está presente en esta fiesta como el juez de todos, un recordatorio para los oyentes de la importancia suprema de la evaluación de sus vidas por parte de Dios sobre la de cualquier otro tribunal de reputación, como el de sus vecinos. Los espíritus de los justos perfeccionados es una frase que ayuda a aclarar el significado de la perfección o hacer perfectos a lo largo de Hebreos.

Estos justos son perfeccionados en el sentido de que finalmente han entrado en la presencia de Dios, habiendo ido ellos mismos adonde había ido Cristo como precursor. Y el pueblo de fe del Antiguo Testamento y el pueblo de fe del Nuevo Testamento son perfeccionados juntos, como leemos en Hebreos 11, 39-40, al ser todos reunidos en el reino inquebrantable y la ciudad de Dios. También está presente aquí ante los oyentes el mediador de un nuevo pacto, Jesús, cuya obra sacerdotal y ofrenda de la sangre rociada hizo posible su entrada en la presencia real de Dios.

Estas imágenes nos recordarán la exposición central del sermón. Aquí se dice, de manera elusiva, que la sangre de Jesús expresa una palabra mejor que la sangre de Abel. La sangre de Jesús, por supuesto, expresa una palabra de perdón y aceptación por parte de Dios, en contraste con la sangre de Abel, que clamaba por justicia y venganza.

Hebreos 12:18 al 24 presenta el bien que está en posesión segura de los oyentes si continúan perseverando en su nueva vida juntos en Cristo. Esto es una apelación implícita al tema de la conveniencia o ventaja, ya que los oyentes se preocuparán por preservar estas ventajas presentes y no, actuando neciamente, cambiar tal favor por

ira. La siguiente sección, Hebreos 12, versículos 25 al 29, volverá a tales deliberaciones explícitamente.

El autor presenta una imagen que sugiere que no hay nada por delante de ellos que deba evitar, como teme que algunos puedan seguir haciendo si sólo consideran las presiones que sus vecinos han puesto sobre ellos. Más bien, lo que les espera es una celebración jubilosa en la ciudad celestial, en compañía de Jesús, su mediador, y todos los justos reunidos en su hogar final, que los invita a continuar su movimiento hacia la perfección. El contraste entre la palabra hablada en el Sinaí y la mejor palabra del cielo también ha establecido la advertencia final en Hebreos 12, 25, el argumento final de menor a mayor, que corresponde muy de cerca al argumento de menor a mayor que abrió la primera exhortación del sermón en el capítulo 2, versículos 1 al 4. Mirad, no sea que desechéis al que os habla.

Porque si aquellos no escaparon después de rechazar a aquel que los advierte en la tierra, ¿cuánto más no escaparemos nosotros si nos apartamos de aquel que los advierte desde el cielo, cuya voz conmovió la tierra en aquel tiempo, pero ahora ha prometido, diciendo: Sólo una vez más haré temblar no sólo la tierra, sino también el cielo? Y esto sólo una vez más significa la eliminación de las cosas movibles como cosas que han sido fabricadas para que las cosas inmovibles puedan permanecer. Por lo tanto, ya que estamos recibiendo un reino inmovible, mostremos gratitud mediante la cual adoremos a Dios de la manera que a él le agrada con reverencia y temor, porque nuestro Dios es en verdad fuego consumidor.

El que les advirtió en la tierra podría haber sido Moisés, el portavoz del pacto del Sinaí, si no fuera por el versículo que sigue inmediatamente, que parece sugerir que Dios es la fuente de ambas advertencias. Se dice que la voz de Dios hizo temblar la tierra en el Sinaí. La voz de Dios hizo temblar la tierra en ese momento.

En Jueces 5, versículos 4 y 5, y en Salmo 67, versículo 8, el terremoto como respuesta a la voz de Dios forma parte del recuerdo de aquel acontecimiento en el Sinaí. El autor presenta ahora Hageo, capítulo 2, versículo 6, como el oráculo divino para anunciar el decisivo temblor y remoción tanto de la tierra como del cielo. Sin embargo, de una vez por todas, haré temblar los cielos y la tierra.

El autor ha modificado este texto de Hageo para enfatizar la inclusión del cielo en este futuro temblor junto con la tierra. Así, el autor no sólo añade las palabras a su cita, sino que también invierte el orden del cielo y la tierra para hacer más evidente el contraste y el temblor del cielo más prominente y culminante. Las dos palabras iniciales de la recitación, en griego las palabras eti hapax, en español sólo tres palabras una vez más, proporcionan la clave para esta interpretación de este versículo.

Puesto que Dios sacudirá la tierra y los cielos de una vez por todas y no de nuevo, el autor lee esto como una promesa de la sacudida y remoción escatológica decisiva de la creación visible, tanto la tierra como los cielos visibles. Uno podría recordar aquí el contraste que hace el autor entre la naturaleza temporal del reino material visible y la naturaleza eterna de Dios y el reino de Dios, presentado ya en el capítulo 1, versículos 10 a 12. Todas las cosas creadas y movibles serán removidas para que sólo lo que es inmovible pueda permanecer.

Aquí vuelve a aparecer la escatología característica del autor. El cielo y la tierra no se renuevan, ni la era venidera comienza después de la época actual. Más bien, el reino de Dios ya existe más allá de la creación material y visible, y simplemente será todo lo que quede después de la eliminación del orden secundario temporal creado.

Ser y permanecer parte de la comunidad cristiana es esencial para la supervivencia misma, lo cual es quizás una razón por la que el autor concibe la salvación como aquello que el creyente está a punto de heredar en el capítulo 1, versículo 14 como el don que sólo se recibe plenamente en la segunda aparición de Cristo en Hebreos 9, versículo 28. La liberación del mundo material que está destinado a disolverse y la entrada al reino permanente que es el único que sobrevive al zarandeo es la liberación, la salvación que, en el análisis final, más importa para este autor. La remoción de las cosas que deben ser zarandeadas corresponde a la remoción de la primera cámara, que bloquea el acceso al lugar santo; si recordamos aquí la discusión del autor sobre la disposición física del tabernáculo en el capítulo 9, versículos 9 y 10.

Después de esta sacudida escatológica y de la remoción de los cielos visibles, el camino hacia el lugar santo divino se hará evidente, y los clientes de los hijos, los muchos hijos e hijas, serán introducidos allí. Esta expectativa sustenta la constante devaluación que hace el autor de las posesiones mundanas, la ciudadanía mundana y el estatus mundano. Todas esas cosas están garantizadas por la promesa de Dios de que desaparecerán, y solo permanecerán las mejores posesiones del creyente en el reino de Dios.

La única respuesta adecuada al deseo de Dios de otorgar un don tan magnífico al pueblo de fe es mostrar gratitud. El término griego aquí es *echomen*. *charen*. *Charen*, de *charis*, que solemos traducir como gracia, debe denotar aquí gratitud, puesto que el autor ofrece esta exhortación como respuesta adecuada a la recepción de un don, a saber, el reino inquebrantable.

El llamado a la gratitud y a la perseverancia en la gratitud es la esencia del argumento y la exhortación del autor a lo largo de Hebreos. La inmensidad de los beneficios que Dios está concediendo, una patria eterna en la que los beneficiarios serán inscritos como ciudadanos, requiere un compromiso proporcional a vivir con

gratitud. Esta gratitud se expresará a través de la adoración a Dios con piedad y temor reverente de maneras que sean agradables a Dios.

Nos encontramos aquí con otra de las palabras construidas sobre la raíz euarest , aquí euarestos , bien agradablemente. Este fue un grupo de palabras que se introdujo en Hebreos 11 versículos 5 y 6 donde se afirmó que pistis , confianza o fe firme, era un requisito previo para agradar a Dios. Y el mismo término regresará más adelante en el capítulo 13 versículos 16 al 21.

Ese vínculo verbal entre 12:28 y los versículos posteriores del capítulo 13 indica que 13:1 al 21 desarrollarán una imagen de cómo se manifiesta la gratitud hacia Dios en términos de actividades cotidianas, de compartir unos con otros y hacer el bien a los demás en la comunidad de creyentes y de participar en ese apoyo mutuo que hace posible la resistencia a los ataques de la sociedad y que también continúa reconociendo la beneficencia de Dios. Al instar a los oyentes a ser agradecidos, el autor les recuerda que lo que han ganado es mucho mayor que lo que han perdido. Tal vez quienes vacilan en su fe se sientan derrotados.

Están angustiados por las pérdidas que han sufrido y los recordatorios diarios de esa pérdida. A lo largo de este sermón, el autor se ha centrado en lo que los creyentes tienen en cambio, lo que han ganado a través de su conexión con el hijo, ganancias tan grandes que hacen que las pérdidas sean insignificantes en comparación. Hebreos 12:29 completa el párrafo con una imagen adecuada de Dios como fuego consumidor, una imagen tomada de Deuteronomio 4, versículo 24, donde leemos: "vuestro Dios es fuego consumidor".

Esta imagen refuerza la advertencia de 12:25 y recuerda también la del capítulo 10, versículos 26 al 31, donde el ingrato se enfrenta a la perspectiva del fuego ansioso dispuesto a consumir a los adversarios. Hebreos 12, versículos 28 al 29 repite, en pocas palabras, la técnica pastoral del autor a lo largo del sermón empleada para reforzar su mandato de ofrecer a Dios un servicio reverente y piadoso y así mostrarle a Dios la gratitud que merece, es decir, por la consideración tanto de la magnitud de su generosidad por una parte, como también por la consideración del peligro de su juicio sobre aquellos que responden injustamente hacia él y sus dones por otra parte. El autor presenta sus objetivos retóricos para los oyentes de varias maneras importantes en Hebreos 12:4 al 29, complementando la lente interpretativa de la competencia atlética que presentó como marco para pensar acerca de sus experiencias en 12:1 al 3. El autor agrega la lente interpretativa de la disciplina formativa de Dios, convirtiendo las experiencias difíciles y las adversidades en pruebas de adopción honorable en la familia de Dios y oportunidades para la formación del carácter.

Con esta perspectiva en su lugar, el autor impulsa a los oyentes a seguir afrontando esas experiencias como un camino honorable que seguir en lugar de un camino

debilitante. Comienzan a ver que sus experiencias de adversidad revelan que Dios los moldea más que la sociedad que los avergüenza. La visión de la Jerusalén celestial que desarrolla el autor es una invitación a los oyentes para que sigan acercándose y avanzando juntos en los caminos de la lealtad a Jesús.

Al final, no hay nada que temer frente a ellos, sino sólo una bienvenida festiva a su herencia eterna. Con su advertencia final y la justificación cosmológica de esa advertencia, el autor vuelve a poner ante los ojos del oyente muy, muy claramente lo que él cree que es el desafío general para el cual los oyentes deben prepararse y que no se atreven a dejar de afrontar. No es el desafío de seguir adelante durante el resto de esta vida en una sociedad que no los apoya, sino el desafío de enfrentar y sobrevivir la sacudida escatológica de los cielos y la tierra para no compartir el destino del cosmos temporal, sino más bien entrar en el hogar eterno que Dios ha preparado para aquellos que se muestran leales.

Hacia el final de este capítulo, el autor ha vuelto de manera bastante explícita a su llamado a la gratitud, el valor central que mantiene unida la mayoría de sus exhortaciones y advertencias a los oyentes, tratando de inculcarles que una respuesta agradecida a Dios debe guiar sus deliberaciones en cada circunstancia en la que se encuentren. Al contemplar cómo apropiarnos de este capítulo para nuestro propio discipulado y la formación de nuestras comunidades de fe, debemos estar atentos a las formas en que el contenido de Hebreos 12:5 al 11 ha sido criticado por los eruditos e intérpretes modernos. Algunos leen este pasaje como si presentara la crianza abusiva como algo sancionado por Dios o como una justificación para la violencia doméstica, o lo critican por interpretar el sufrimiento como un castigo merecido.

Todo esto puede ser cierto en el caso del texto de Proverbios que recita el autor, pero nada de eso es cierto en el caso de la aplicación que el propio autor hace de ese texto en este pasaje. El autor de Hebreos silencia aquellos aspectos del texto de Proverbios que hablan de disciplina punitiva, y se orienta en cambio hacia la disciplina formativa. Tampoco dice nada que sugiera que las dificultades que experimentan los oyentes sean culpa suya.

Estas penurias son más bien el resultado de la hostilidad de los pecadores o de las personas que se oponen a Dios y no se someten a la voluntad de Dios. Es esencial, tanto para la exégesis como para la aplicación de este pasaje, entender a qué sufrimientos se refiere el autor. No está hablando de la enfermedad en sí, ni de los abusos domésticos, ni de la pobreza, ni del sometimiento a un régimen opresivo.

Habla particularmente de la censura, el insulto, el abuso y la privación que sufren y soportan voluntariamente los creyentes como resultado de su asociación con Jesús y el pueblo de Dios y como resultado de su compromiso de permanecer leales y obedientes a los mandamientos de este Dios. Es problemático tratar de aplicar este

pasaje fuera del contexto pastoral original del autor. Este pasaje ofrece aliento, especialmente a la iglesia perseguida en entornos represivos donde la confesión de la fe, el hecho de reunirnos con un grupo cristiano y el hecho de moldear nuestra vida según los mandamientos de Dios y las exigencias del evangelio llevan a las personas a entrar en conflicto con la sociedad que las acoge.

Se trata de un contexto muy similar al que aborda el autor y, por lo tanto, lo interpreta con esta imagen de disciplina formativa. Por supuesto, sigue siendo un estímulo para los cristianos en cualquier contexto, siempre que hacer lo que Dios desea signifique abnegación y aceptar las dificultades y las adversidades en aras de la obediencia leal a Dios. En Hebreos 12, versículos 12 al 17, el autor nos da otro recordatorio de nuestras responsabilidades mutuas en la fe.

Nos llama de nuevo a superar las limitaciones que nos impone la privatización o individualización de la religión en nuestra sociedad, para seguir descubriendo cómo podemos comprometernos a asegurarnos de que nuestros hermanos y hermanas no se queden cortos en cuanto a los dones de Dios, al mismo tiempo que les permitimos que nos ayuden a mantenernos en el buen camino y seguir avanzando. El ejemplo de Esaú sigue planteándonos desafíos en los muchos contextos en los que podríamos encontrarnos intercambiando nuestro derecho de nacimiento como hijos e hijas del Dios viviente por lo que, proporcionalmente, es una sola comida. El ejemplo de Esaú confronta a los cristianos en naciones hostiles o represivas de manera muy directa, de manera muy similar a como el autor confrontó a sus propios oyentes, alentándolos a que incluso décadas de vida y comodidad no son nada en comparación con aferrarse a la integridad de la propia obediencia comprometida a Dios.

Así, ceder ante la represión, incluso muy grave, equivale a vender la primogenitura por el equivalente a una sola comida. Sin embargo, el ejemplo de Esaú también se enfrenta a los cristianos de las naciones occidentales, donde el cristianismo ha sido domesticado en gran medida hasta convertirse en una religión inofensiva, privada y fundamentalmente irrelevante que se puede tolerar con seguridad, ya que nunca interfiere con las actividades habituales. El autor nos desafía a preguntarnos si hemos vendido nuestra primogenitura al aceptar un discipulado domesticado. ¿Hemos creado un Dios que atiende nuestras necesidades cuando lo necesitamos en lugar de buscar al Dios que nos llama a servirlo a él y a su visión para nuestra comunidad, nuestra nación y el mundo? ¿Hemos creado un salvador que nos ama y nos cuida, pero que se contenta con permitirnos perseguir nuestras propias metas y ambiciones en lugar de perseguir su llamado para que sirvamos a sus metas? El ejemplo de Esaú nos desafía a preguntarnos con qué frecuencia nuestras decisiones reflejan nuestro hambre de Dios, nuestro amor por Dios, nuestros deseos de ser instrumentos de Dios en este mundo, y con qué frecuencia nuestras decisiones muestran una preferencia por los entretenimientos y las actividades triviales de este mundo. Finalmente, la elevación que hace el autor de la respuesta agradecida a Dios

al final de este capítulo nos sugiere que la gratitud es un valor central que tiene el potencial de aportar integración a nuestras vidas.

El autor dedica una energía considerable en este sermón para hacernos cada vez más conscientes de lo que hemos recibido de Dios, reemplazando nuestro sentido de derecho, nuestras nociones de que nos hemos ganado lo que tenemos, nuestro deseo insaciable de más bienes, entretenimientos o distracciones de este mundo con una comprensión de cuán profundamente Dios nos ha agraciado, favorecido y enriquecido. Y lo hace para llevarnos a invertir de todo corazón en dar una retribución justa a Dios por su generosidad. Testimonio, obediencia, servicio, cuidar a aquellos a quienes Dios quiere que cuidemos, extender el alcance de Dios en nombre de Dios como clientes agradecidos de Dios, buscando cualquier oportunidad para honrar y servir los intereses de nuestro gran patrón.

Estas cosas forman una agenda que aporta integridad a cada parte de nuestra vida, y el compromiso de mostrar gratitud a Dios se convierte en el valor central que buscamos encarnar en cada situación. Lo hacemos porque Él no merece menos de nosotros y, como nos recuerda el autor, porque nuestro Dios es en verdad un fuego consumidor. El autor nos desafía a dejar de lado la visión no bíblica de que la salvación es un regalo sin condiciones que podemos disfrutar mientras buscamos nuestros propios intereses a lo largo de nuestra vida y a adoptar en cambio la visión bíblica de que la salvación es el resultado final de la danza continua entre el favor y la beneficencia de Dios y mi capacidad de respuesta, honrando los dones de Dios como Dios se merece y entregándome a los intereses de Dios como Dios se ha entregado a mí.

El Dios que nos ha dado nuestras vidas, nuestros bienes y nuestra esperanza eterna, y el Salvador que murió por todos y resucitó en su lugar, merecen la plena expresión de nuestro agradecimiento al dedicar nuestras propias vidas a vivir ya no para nosotros mismos, sino para Jesús, que murió por nosotros y resucitó, lo que el mismo Pablo identifica como el propósito de Jesús al morir por nosotros en 2 Corintios 5 versículo 15.